
Filosofía de la interrupción

Juan Luis Suárez

-1-

La *interrupción* es el concepto clave para mirar el futuro a partir de 2020. Si sólo pudiéramos aprender una lección de los meses de interferencias que hemos vivido desde marzo de 2020, deberíamos concienciarnos de que las interrupciones de la vida provocadas por la pandemia no son el resultado de una confluencia anómala de causas que difícilmente se volverán a repetir, sino el signo de los tiempos en que vivimos. Desear la vuelta a la normalidad responde al más humano de los deseos, el de la continuidad, pero a la vez el más irreal porque ninguna ruptura del tiempo humano permite una vuelta al momento anterior. El momento anterior ya no está ahí y en su lugar se ha abierto un vacío que, a la manera de las sirenas de Ulises, nos muestra el señuelo que convertirá nuestro deseo en destrucción violenta. En las interrupciones el tiempo nunca vuelve, pero sí que tropieza.

Pero tampoco podemos seguir creyendo que las interrupciones son contingentes. ¿Se están agotando los adjetivos que nuestro lenguaje tiene para describir los antes inusuales y ahora cada vez más frecuentes sucesos, accidentes, fenómenos y catástrofes que interrumpen la cotidianidad de la vida? Tampoco se puede asumir que la sola cuantificación del riesgo soluciona nuestros problemas mediante la asignación de una cantidad de euros a cada interrupción. Si la normalidad es pretérita, la continuidad en el presente, imposible, y las utopías nacen ya deformadas o distópicas, ¿qué podemos hacer respecto a un futuro cuya seducción está cosida con el hilo de las interrupciones?

Mi propuesta es diseñar, practicar y enseñar una filosofía de la interrupción basada en el reconocimiento de la interrupción como el fenómeno principal de la vida contemporánea, la práctica de habilidades éticas para convivir con la interrupción y el desarrollo de una teoría de la gestión de las interrupciones en la que nuestras organizaciones tendrían como misión garantizar la seguridad y recuperación de la vida humana y de los procesos de la realidad social y económica después de cada interrupción.

–2–

Interrumpir es «hacer que una cosa empezada pero no acabada no continúe definitivamente o por un tiempo limitado» y también «impedir a alguien que continúe lo que estaba haciendo». Estas acepciones académicas ponen el énfasis en el elemento humano del interrumpir, que en el hacer se concibe como activo y voluntario por parte de quien interrumpe, por un lado, y también pasivo y dirigido a un ser humano, a alguien, para que deje de hacer aquello que estaba haciendo. En este contexto el interrumpir ocurre en una escala que enfatiza el factor humano y que, precisamente por

serlo, nos invita a pensar en la recuperación, el reinicio, si la interrupción no ha sido definitiva, de la actividad interrumpida una vez que la interrupción cese y se vuelva al equilibrio anterior.

El narrador de las últimas dos novelas de Javier Marías (*Berta Isla*, 2017; *Tomás Nevinson*, 2021) es, sobre todo, un mago de la interpretación y ejecución de este tipo de interrupciones. Su misión principal es prolongar el lenguaje para crear el suspense al que acaba llevando a sus preocupados lectores. Esos se ven inmersos en las interrupciones con que Tupra, agente a cargo de alguna sección de un supuesto servicio secreto británico, altera las vidas de Berta Isla y Tomás Nevinson y acaban temiendo el retorno a la vida normal de los personajes más si cabe que la resolución de la misión encomendada a sus protagonistas. Ese retorno a la cotidianidad no sólo supone la reanudación de esas vidas normales, sino el final de las novelas. Este narrador, seguro de su poder interruptor, infecta a sus lectores con un estado anímico que les hace temer la interrupción de la interrupción sobre todas las cosas, de manera que el lector acaba implorando que Nevinson e Isla no vuelvan a sus vidas habituales, que Tupra no vuelva a aparecer en escena, y que los personajes continúen su vida interrumpida que los ha convertido en espías, supuestos terroristas, amantes, esposos o sospechosos, es decir, sus vidas como personajes nacidos de una interrupción. El narrador de Marías nos enseña que, cuando la vida se interrumpe, todos nos convertimos en personajes de una historia apenas conocida pero implacable.

La interrupción tiene su propio tiempo porque, aunque irrumpe con la violencia de la *occasio* latina, en realidad su sustancia es la de la continuidad narrativa, tiene duración propia, pero es ésta una continuidad que se da en un plano diferente, nuevo, alternativo, y a veces divergente, del de la continuidad que hasta ese momento creíamos normal. La efervescencia de lo ocasional nos confunde por la instantaneidad de su aparición –sólo los sabios tradicionales

reposan a la espera de cada irrupción— mientras que la familiaridad de la narración nos invita a congeniar con un estado que no es más que el resultado de una violencia.

—3—

Las interrupciones vienen del futuro, son heraldos de un mundo que aún está por hacerse y de una realidad cuyo tiempo aún no comprendemos. Sin embargo, las interrupciones nos confrontan con la idea de la interrupción última, las interrupciones definitivas de la vida humana que son la muerte y la extinción.

La pandemia de la COVID-19 es sólo una más de las señales que el futuro está enviando al ser humano. En realidad, el nombre de esta pandemia esconde la convergencia de interrupciones que anuncian la llegada, literalmente, de un tiempo nuevo, de otra época, una era que hemos creado los seres humanos, el Antropoceno.

Mientras los científicos reúnen las pruebas suficientes para confirmar nuestra entrada en esta nueva fase de la vida de la Tierra, las interrupciones de todo tipo que experimentan los seres humanos parecen indicar el desbordamiento de los límites en los que la vida humana ha sido posible, tal y como la conocemos, durante los últimos 11.650 años, desde el final del último periodo glacial. Cuando la Tierra, es decir, el conjunto de subsistemas que la componen se desestabiliza, el resultado es la emergencia de acontecimientos, en muchas ocasiones de gran impacto, pero que se sucedían a intervalos largos o no regulares e interrumpían la vida humana de manera parcial, con la consiguiente impresión de que se volvería a la situación anterior. Cuando esos subsistemas comienzan a desbordar sus rangos de equilibrio y empiezan a producir bucles de retroalimentación negativa en ellos mismos y en los otros subsistemas, el resultado es la producción continuada,

a intervalos cada vez más frecuentes, de fenómenos catastróficos que, por pertenecer a diferentes ámbitos, parecen no estar relacionados ni pertenecer a las mismas series provocadas por nuestra observación.

El resultado de estos acontecimientos es siempre una o varias interrupciones de la vida y, debido a que no se puede apreciar la causa humana inmediata a la que apunta la definición académica de interrumpir, no se conciben como interrupciones humanas que afectan a otros seres humanos. Cuando las causas son distantes, los seres humanos las atribuimos al destino o a los dioses y, sin embargo, en el caso del Antropoceno se deben a la acción humana, que se difumina en procesos que han durado decenas o cientos de años y en los que el sujeto de la interrupción es la especie, el país, la comunidad, el grupo: los seres humanos.

La entrada en el Antropoceno supone la salida del paraíso terrenal que ha sido el Holoceno, en el sentido de que ha sido bajo las condiciones climáticas, sociales, culturales y económicas de ese periodo cuando se ha dado la vida humana tal y como la conocemos. Quizás, esas condiciones sean las únicas en que la vida humana sea posible.

-4-

La pandemia eran olas. Cuando entendimos esto, empezamos a comprender la naturaleza de la interrupción más grave, la primera realmente global por ser planetaria y casi simultánea, que ha vivido la especie humana hasta ahora. Fue entonces, cuando comprendimos la metáfora del oleaje y tuvimos las vacunas, que empezamos a gestionar mejor sus efectos.

Las interrupciones que marcan la vida futura también se han de entender como olas, que rompen con fuerza al llegar a la orilla,

pero que en realidad nunca terminan porque la resaca del océano las recicla en la energía que informará las nuevas olas. Las olas no paran de llegar a la orilla. Son más o menos altas. Se separan con distancias diversas. Y rompen con cualidades diferentes según sea el terreno al que llegan. Lo que sí sabemos es que nunca terminan, que cuando hay temporal se hacen más frecuentes y que los seres humanos las admiran, las temen, huyen de ellas y las intentan surfear.

También sabemos que, dadas ciertas condiciones, las olas se pueden convertir en un tsunami y que este interrumpe a su llegada todos los procesos que hemos creado para garantizar la vida humana: continuidad, normalidad, seguridad y orden. Porque carecemos de una filosofía de la interrupción, porque las interrupciones actuales suelen ser sistémicas y no azarosas, porque en muchos casos la cadena causal pierde de vista la acción humana y porque estas interrupciones amenazan con detener de manera definitiva la vida humana, estamos en medio de una gran crisis de la confianza. La confianza, un asunto meramente humano desde que se fueron los dioses, también se ha interrumpido varias veces durante la pandemia y a la vista de las sucesivas y variadas crisis con las que nos despertamos cada día, la confianza –la clave misma de la normalidad, la continuidad, la seguridad y el orden– se interrumpe cada vez con más frecuencia.

–5–

Cuando la vida ha tomado forma a partir de la cotidianidad de las interrupciones, entonces no se habla de la vida en sentido tradicional, con la que contábamos mientras las condiciones del Holoceno la hacía posible, sino de momentos. En una realidad en la que las interrupciones son la norma y no la excepción, la vida es un reta-

blo no siempre organizado de momentos cuyas relaciones no aparecen de manera clara ni siquiera a sus protagonistas.

Las generaciones criadas por las plataformas digitales a expensas de los espacios que las familias les abrimos para que accedieran a la intimidad de nuestros hijos viven en momentos independientes e inconexos, siempre intensos, pero casi siempre difíciles de articular en historias completas. Para los que por nuestra edad la digitalidad llegó para interrumpir nuestra apacible vida analógica las notificaciones de los dispositivos digitales nos presentan un reto gimnástico constante en el que atención y desatención –el *multitasking*– se disputan el control de nuestras vidas. Para los que nacieron en un mundo digital y reciben, responden, filtran o ignoran las miles de notificaciones con que las aplicaciones organizan sus vidas (casi 50 por ciento de media en usuarios de teléfonos en Estados Unidos), la interrupción es el estado normal de la existencia. Para estas generaciones de gente normal sus vidas son momentos creados alrededor de las notificaciones digitales: un botellón, una protesta, un concierto, una cita... Más allá de esos momentos sólo existe el vacío y la capacidad de darle un sentido a lo que ocurre acaba siendo inútil.

La gente normal que puebla las novelas de la escritora irlandesa Sally Rooney vive en estos momentos, que son más que escenas aisladas, pero mucho menos que hitos de una misma historia que les pertenece. En realidad, son los personajes los que pertenecen a esos momentos y a las circunstancias que los pueblan. Marianne y Connell no tienen una historia en común que dura los años en los que transcurre la novela, ni siquiera se puede decir que tengan una historia propia, aunque sí un pasado, el de sus respectivos padres. Sólo tienen una serie de momentos en los que coinciden en el mismo lugar y en el mismo tiempo, a veces incluso parecen coincidir en los sentimientos que se profesan mutuamente, pero no tienen una historia común que pudiera dar lugar a una de amor.

La estructura narrativa de *Gente normal* (2018), y su doble en Netflix, mucho más por el carácter episódico de la serie, se basa en una serie de encuentros que comienzan en enero de 2011 y que se van sucediendo a intervalos marcados por títulos de capítulos como «Cuatro meses más tarde (agosto de 2011)» o «Tres meses más tarde (marzo de 2014)». Lo interesante de esta novela es que los colores y sabores de la relación humana entre los protagonistas, mucho más que la de éstos con los demás personajes, se basa no en la posibilidad de que quizás su relación continúe o se normalice o se acabe, sino precisamente todo lo contrario. Los momentos que hacen sus vidas son, en cuanto que momentos separados, los que dan sentido a una relación que no tiene ningún fin en sí mismo. Estos momentos surgen como producto de las interrupciones que se dan en la relación, de manera que la interrupción se convierte, desde el principio, en el estado normal en el que una relación es posible porque ésta produce momentos y garantiza que el momento no se extienda.

Conversaciones entre amigos (2017) no es muy diferente. El recorrido de Frances por la historia que prepara en esta ocasión Rooney con más ayuda de los dispositivos electrónicos de sus personajes, lleva a la aceptación de que la única manera de sobrevivir a las interrupciones y reinicios de las relaciones que mantiene con Nick y Bobbi es aprender a vivir esas relaciones como una serie –o quizás una colección– indeterminada de momentos independientes y deslavazados. Intentar suprimir las interrupciones, pegar los momentos o prolongar los encuentros y las emociones no es más que perseguir un mundo cuyas reglas ya no son esas. La gente normal es ahora gente interrumpida. Su vida no son más que momentos.

-6-

No es fácil vivir a través de momentos y alimentarse sólo de interrupciones. Pero si las interrupciones van a ser más frecuentes y su rango más variado conforme profundicemos en nuestro propio Antropoceno, ¿cómo se pueden evitar el miedo y la parálisis que casi siempre provocan las interrupciones de la vida humana, la conciencia de que la realidad está rota?

Una manera de hacerlo es concebir las interrupciones no como negación o ausencia, el material de un territorio o unas emociones que hay que recuperar o remendar, sino como propone Rachel Cusk, a partir de las secuelas o consecuencias (*aftermath*) y de los preludios que enmarcan toda interrupción. De esta forma, que no es la de momentos de Rooney sino que se encuentra más próxima a las olas creadas por la pandemia, la mente humana intenta encontrar un sentido, la música o al menos el tono de esos episodios que anteceden y sobre todo que siguen de manera ineludible a la violenta descarga de la interrupción.

Encontramos aquí una primera ley para una metafísica de las interrupciones: *Toda interrupción tiene una consecuencia, deja unos despojos y provoca secuelas y es en las secuelas en donde hay que buscar el sentido, la causa y quizás también el remedio a las interrupciones.* Para aclarar esta ley hemos de ir a la explicación etimológica que Cusk ofrece en su *Despojos. Sobre el matrimonio y la separación* (2012. *Aftermath*, en inglés) acerca del origen de «*aftermath*». Este término se refiere no sólo a las consecuencias habituales de un acontecimiento, sino a una segunda siega, a la segunda cosecha de hierbas que se corta y se recoge una vez se ha recogido la primera y principal. Para que haya despojos, para que haya secuelas y consecuencias, tiene que suceder antes el evento, la interrupción que los hace posible. Para que haya paz, tiene que haber antes guerra.

Si antes vimos que la tentación de volver a la normalidad previa a una interrupción suele ser la reacción inmediata de los seres humanos, otra inclinación igualmente extendida y aún más peligrosa es la de concentrarse en las interrupciones mismas. Esta complacencia o regodeo en la interrupción suele ir acompañada de una admiración por la violencia, que se observa como vehículo de la interrupción y se acaba proponiendo también como salida de la misma. Por el contrario, los despojos se pueden recuperar, ordenar, evaluar, analizar, coser, pegar o descartar. Pero todas estas actividades se producen ya cuando el ser humano ha podido distinguir la violencia de sus efectos y ha comenzado a aprender que las interrupciones tienen una lógica propia. Las consecuencias, las secuelas presentan un material con el que darle sentido no a la interrupción, pero sí al mundo que ésta nos anuncia.

—7—

En la actualidad hay dos fuentes de aprendizaje sobre las interrupciones a las que está expuesta la vida humana que nos pueden ayudar a inventar nuevas teorías y prácticas de la confianza. Tanto la interrupción de los momentos como la consideración de los despojos nos presentan dos realidades a las que no habíamos prestado suficiente atención y que se están convirtiendo en parte del paisaje humano después de 2020.

Algunas teorías políticas y de gestión optan por intentar reconstruir el mundo en el que la confianza, muy centralizada, residente principal de las instituciones, aportaba la base sobre la que se entendían las inusuales alteraciones que afectaban el orden. La digitalidad ha traído, por un lado, más centralización de la confianza, que se ha mudado de las instituciones a las grandes plataformas digitales. Por otro lado, las apuestas descentralizadoras y

distribuidas del *blockchain* no confían ni en instituciones ni en plataformas centralizadoras y proponen que para evitar los abusos y el desorden en un mundo en el que nadie confía en nadie necesitamos sistemas que controlen *a priori* los posibles excesos de todos.

La filosofía de la interrupción propone aceptar que la interrupción es parte consustancial a la vida humana después del Holoceno y que hemos de aprender a vivir con ella. La gestión de los momentos creados por la permanente interrupción y la rehabilitación de los despojos producto de su violencia son dos de las formas que ya ha adquirido esta vida interrumpida.

J. L. S.

